

constituido ocasionalmente deudor respectó de los particulares, a causa de la ejecución de los diferentes servicios públicos?...

Pero no se trata de la ignorancia de un magistrado yanqui, ni siquiera de su perfidia. Si fuera otro el presidente yanqui, otro nombre, y no el de Wilson, habría que mencionar. Se trata de la inescrupulosidad de los Estados Unidos en sus relaciones internacionales, de su feroz imperialismo, de su amenazadora América. Hoy se tragan una isleta inerte, un istmo realengo; mañana, ¿a quién masticarán las feroces mandíbulas de estos idealistas luteranos?

Todo es digno de admirar en este cuento de hadas, en que un dragón devora a una fragil doncellita, morena y desobediente a la voz de la más elemental prudencia. Todo. Los invasores, que, prevalidos del silencio universal que circundaba a cuanto no fuera la gran guerra de 1914 a 1918, se echan sobre un desvalido país; el pretexto de que se valen estos salteadores de pueblos: «¿tú no puedes pagar a tus empleados nacionales porque yo manejo tu dinero? Pues te castigo con la pérdida de tu soberanía»; la inocente estratagema, en el país de los economistas, de confundir una deuda administrativa con una deuda pública; el invocar un tratado a fin de robar y asesinar un país, como si ningún país, por estúpido que sea, puede suscribir el que lo despojen y maten por incumplimiento de convenios internacionales. Por último, ¿no es digno de admiración el que los Estados Unidos, que condenan a la nación dominicana por contraer deudas con sus propios empleados públicos, a quienes no podía pagar, estén hoy mismo en tratos para contraer un empréstito en Wall Street? El contratante—exclamán los hijos de la República martirizada—será la Usurpación Yanqui; el deudor, la República Dominicana.

Y como las bromas hay que darlas pesadas, Wall Street entregará ahora a la Usurpación dólares a treinta y dos centavos y los cobrará luego a ciento. No es todo. La República Dominicana paga el 5% de interés anual por su deuda. Los yanquis, duchos financieristas, realizan una conversión con interés al 8%.

Es decir: se despoja el país a conciencia. Y estos yanquis son los que tildan de corrompidas a las administraciones locales. Con razón monseñor Noel, arzobispo de Santo Domingo, ha dicho en un valiente documento público dirigido a los hombres de la Usurpación: «Nunca en este país se habían cometido tales crímenes ni tantos robos políticos como los que han cometido y están cometiendo los funcionarios de la Ocupación Militar de los Estados Unidos».

Eso es lo que lleva a la isleta desgraciada del mar Caribe el idealismo de Wilson. Esa obra de saqueo y de muerte realizaba el ingenuo idealista en los mares de América mientras se preparaba a representar en Europa su papel de apóstol del Derecho, con estudiadas frases, en que relumbran como usadas lentejuelas la Democracia, la Justicia, la Fraternidad Humana, la Igualdad jurídica de las naciones; y plagiándole a un hispanoamericano, a Simón Bolívar, el proyecto de la Sociedad de Naciones.

## V

### EL DRAMA

CUANDO termina el entremés en que Wilson representa su papel de idealista, de ingenuo, de buen muchacho, de pedagogo distraído, y los Estados Unidos su papel de protectores desinteresados de una América ingobernable, empieza el drama, un drama pavoroso, desarrollado con toda la brutalidad del carácter yanqui; un drama en interminables actos atropellados: el acto de Honduras, el acto de Nicaragua, el acto de Haití. La más ruidosa de estas tragedias comprimidas ha sido la de Méjico, porque en ella tomó parte, como en las tragedias de Esquilo y de Sófocles, un coro respondón: el coro, en este caso, fueron los quince millones de mejicanos agueridos, armados principalmente de un saludable y protector odio al yanqui y dirigidos por aquel épico e irreducible energético, mártir de la libertad y de la civilización, que se llamó Venustiano Carranza. Una de estas representaciones dramáticas, una de las más oscuras y luctuosas, ha sido la que se cumplió a espaldas del mundo entero, en medio del silencio de los mares del trópico, en la República Dominicana y en su vecina Haití; es decir: en los pueblos condueños hasta ayer no más de la antigua Isla Española, hoy en manos de los Estados Unidos, por obra del idealista y desinteresado presidente Wilson.

Los yanquis arriban en son casi amistoso y pretextando un tratado. Abre el país incauto y generoso todas sus puertas al viejo amigo Sam, con quien no ha roto. Es el amigo, el protector; viene con palabras dulces: que venga. El viejo amigo Sam se apodera en un abrir y cerrar de ojos de cuarteles, parques, tesorerías, puertos, puntos estratégicos. Echa nubes de soldados sobre la minúscula y asombrada República. Desarma al país; hasta los cuchillos de mesa desaparecen de las casas. Empieza la más injustificada crucifixión de un pueblo:

partidas inermes de patriotas se lanzan a los campos a combatir al invasor; se les llama bandidos, y como bandidos mueren, cazados, descuartizados, carbonizados, colgados de los árboles. Las poblaciones, en plena tranquilidad, son saqueadas; las mujeres, violadas; los niños, destripados. A los hombres se les ingurgitan por medio de aparatos cubos y cubos de agua hasta que revientan. A otros se les azota. A otros se perforan las entrañas con hierros candentes.

Los tribunales de justicia del país han desaparecido. Los sustituyen cortes militares yanquis, que son irresponsables y que se componen de yanquis brutos y brutales, que ignoran las leyes, las costumbres, la religión, la lengua y la psicología del país. Estas cortes irresponsables juzgan sumariamente: sus menores castigos son los de prisión, multa, azotes. Con aterradora frecuencia aplican largas condenas, la deportación, la muerte.

Los hombres más ilustres del país yacen en las mazmorras o gimen en el ostracismo. Ninguno de los tiranos de nuestra América fué tan sistemáticamente cruel, porque ninguno se propuso sistemáticamente exterminar al país que tiranizaba. Todos, hasta Rosas, fueron patriotas. Los yanquis, no. Los yanquis tienden a exterminar la población para quedarse como dueños exclusivos de la tierra. En Santo Domingo lo van consiguiendo.

Por las calles de la capital de la antigua República pueden verse cruzar con el traje de presidiarios—y expuestos como escarmiento—a los más preclaros poetas, como Fabio Fiallo, por el crimen de haber cantado el anhelo de ser libres. Un diplomático y abogado de los más conspicuos, don Américo Lugo, es víctima de una corte marcial porque defiende jurídicamente a su país; al honrado y enérgico periodista Flores Cabrera, nacido en Venezuela, se le encarcela y se le expulsa como elemento pernicioso; a otro periodista de Venezuela, mi hermano Horacio Blanco-Fombona, se le cierra la imprenta de su propiedad, se le suprime el periódico, se le multa, se le encarcela, se le expulsa. ¿Por qué? Por haber publicado la fotografía de Cayo Báez, patriota dominicano, a quien la ferocidad yanqui, en pleno siglo xx, destrozó el cuerpo martirizándolo con hierros encendidos que perforaban los tejidos y las entrañas.

Esa es la obra civilizadora de Yanquilandia. Y esto se obra por mandato y bajo el gobierno del pedagogo que proclama la igualdad jurídica de las naciones.

R. BLANCO-FOMBONA

(La Voz.—Madrid, enero de 1921).

Envío del Autor.